

supuesto sin que ninguna de las dos partes tuviese intención de cumplirlo sino mientras le conviniese.

Marchó pues Leon con su ejército; derrotó al hijo de su contrario que quiso detenerle, y conquistó á Nicomedia. Entonces Teodosio abdicó y se retiró con su hijo á un convento de Efeso, donde profesó, y Leon se sentó en el trono el 25 de marzo de 717 con el nombre de Leon III.

Pronto dió pruebas de ser el hombre que el imperio necesitaba. El califa y sus generales se consumían en deseos de hacer su entrada victoriosa en la ciudad mas soberbia, mas grande y mas importante de la cristiandad. Como habian llevado sus pendones victoriosos desde Ferganá y la Aracasia hasta las columnas de Hércules y los Pirineos, creían llegado el momento de apoderarse tambien sin mucho trabajo de la magnífica Constantinopla que habia visto ensangrentadas sus calles y el palacio imperial en los últimos veinte años por seis revoluciones y otros tantos destronamientos.

Antes de verse Leon dueño de la capital, Maslama habia roto el armisticio y se habia echado sobre la Bitinia; despues habia tomado la plaza de Pérgamo construida por Teodosio y pasado allí el invierno. En la primavera de 717 atravesó los Dardanelos cerca de Abidos, desde donde se movieron las masas árabes en dirección de Constantinopla. Pronto apareció tambien en el mar de Mármara una numerosísima escuadra procedente del Egipto y de la Siria, y el 15 de agosto del mismo año empezó el formidable ataque de la capital por mar y tierra.

Pero el nuevo emperador Leon habia hecho con tanto esmero sus preparativos; el valor de los soldados fué tan grande; las maniobras de los patrones de los brulotes y de los artilleros tan perfectas, auxiliados además por temporales violentos, que los árabes no consiguieron nada por tierra, mientras su escuadra sufrió grandísimas pérdidas. Maslama, á no ser por la obediencia ciega que tenia á las órdenes terminantes de su hermano el califa, habria abandonado el sitio antes de la entrada del invierno; pero le pasó allí, y para mayor desgracia fué excepcionalmente frio, inclemente, nevoso, largo, y por lo mismo terrible para los árabes en cuyo campamento hizo innumerables víctimas.

El 22 de setiembre murió súbitamente el califa Suleiman, sucediéndole en el califato su primo Omar II que reinó desde aquel año 717 hasta el mes de febrero de 720. Omar, en la primavera del año 718 envió una nueva escuadra á Constantinopla para cubrir las bajas sufridas por la primera; pero quedó tambien destruida en su mayor parte, ya por el horrible fuego marino de los griegos, ya por la traicion de sus tripulantes cristianos. A estas desgracias se añadieron otros descalabros y aun horrores. Los destacamentos que recorrían la provincia de Tracia para forrajear, fueron destruidos por los búlgaros, y los enviados al Asia Menor por las tropas imperiales regulares de Nicea y de la Nicomedia; pero estos desastres nada fueron, comparados con los horrores que causaron el hambre y las epidemias. Al año de haber empezado el sitio, en 15 de agosto de 718, tuvo Maslama que levantarlo; el ejército terrestre terriblemente reducido fué trasladado á la Propóntide meridional, y desde allí tomó el camino de Damasco, mientras la escuadra, dirigiéndose al Egipto, fué sorprendida en el mar Egeo por una tempestad tan espantosa, que quedó casi enteramente destruida, y los buques que se libraron del naufragio fueron capturados y destruidos por los griegos de las islas, de suerte que de cerca de 2,600 buques de guerra y de transporte regresaron solamente 5, y de los 180,000 hombres de que constaban las fuerzas terrestres y marítimas de toda la expedición, se dijo que solo volvieron 40,000. Esta fué la derrota mayor que el islam habia sufrido hasta entonces; y para el nuevo empera-

dor y la dinastía que fundó, fué un título de inmarcesible gloria, despues de tantos reinados desgraciados y vergonzosos.

CAPITULO II

LA CIVILIZACION BIZANTINA

El que sigue superficial y rápidamente, como es general costumbre, la historia del imperio bizantino, principalmente desde las grandes campañas de Belisario hasta la lucha heroica de Leon III contra todo el poder del califato, y mas todavía hasta el exterminio de los búlgaros por el férreo Basilio II en el siglo XI, llega á creer que la vida de estos sucesores de los antiguos romanos y helenos se pasó entre intrigas palaciegas, controversias y contiendas dogmáticas, trabajos diplomáticos sutilísimos y principalmente en guerras y revoluciones. Todo esto es en el fondo verdad; porque las embestidas é invasiones de tantos pueblos bárbaros, sin cesar renovadas á pesar de los cientos de millares de individuos que perecían de hambre en las marchas y en los campos de batalla, obligaban al imperio bizantino, como habian obligado al romano, á tener siempre un inmenso ejército en pié de guerra y una administracion vasta, activa y capaz para rechazar á los unos, grecizar á los otros y asimilarse á los ya admitidos. Todo esto reunido no ha podido menos de dar un carácter especial á los bizantinos que les distingue de todas las demás naciones hasta el tiempo de los Comnenos; pero no es el carácter agrio, sombrío é insociable que segun muchos han querido suponer, reemplazó al genio alegre, vividor y sereno de los griegos de la antigüedad, porque jamás fué general ni permanente; y el odio á todo lo que era extranjero, que aun hoy los griegos modernos conservan en gran parte con otros vicios peores todavía, solo empezó á manifestarse desde el cisma religioso y adquirió toda su fuerza á consecuencia de la cuarta cruzada, tan fatal para los bizantinos.

Es innegable que en el dilatado imperio romano oriental se desarrolló un genio nacional, variado y enérgico, bien que no podamos siempre simpatizar con sus manifestaciones. Tampoco nos gusta siempre el genio, no menos fecundo y exuberante, del pueblo italiano de la Edad media, por ser como el bizantino tan diferente del nuestro, de nuestras costumbres é ideas; pero esto no disminuye en nada el mérito que tiene y el interés particular que merece la civilización bizantina, única en el mundo por ser una mezcla enteramente original y en su esencia admirable, de elementos de la antigüedad romana y griega, con otros orientales, eslavos, de la Edad media, eclesiásticos y profanos, civilizados y bárbaros.

Uno de los legados principales que el mundo bizantino heredó del antiguo fué la idea de entidad social, de agrupación política individual, cualidad que no puede negarse al imperio bizantino, á pesar de sus muchos rasgos particulares repugnantes y feos, y que apenas otra nación alguna podia pretender en la Edad media. Como entidad política unida, bien organizada, bien administrada y sólidamente eslabonada y trabada, no cedió este imperio en nada á las naciones modernas. Otro legado no menos importante del mundo antiguo fué su civilización, tesoro inmenso de todos los conocimientos técnicos, artísticos, sociales y militares, de todos los elementos en fin de una cultura, resultado de la experiencia acumulada de innumerables siglos, y sobre todo de una gran parte de las obras mas nobles y elevadas de la humana inteligencia. Si el imperio bizantino no aumentó este tesoro, por lo menos supo conservarlo, para legarlo á su vez á otras

generaciones todavía remotas, aunque influido por la Iglesia y dirigido y conservado por ella, en lo cual estriba justamente el rasgo mas característico del genio bizantino.

Aquí entra la cuestion de las causas que imprimieron su carácter especial por espacio de siglos á la vida interior de los bizantinos; pero nos faltan casi todos los datos necesarios para resolver esta cuestion y saber cuál era durante el siglo V la vida del pueblo en el imperio de Oriente, así en las ciudades como en las aldeas y en el campo, y de qué modo lento y silencioso la victoria del cristianismo que al principio no era perfecta sino exteriormente, se fué consolidando y llegó á hacer penetrar la nueva creencia en los sentimientos y en la educación individuales. Solo sabemos que, fuera de algunos puntos aislados, quedó concluida en el siglo VI la transformación del espíritu antiguo en el nuevo. Salvo una ú otra persona de la clase culta é instruida, que conservaba su afecto interior al genio del mundo que se iba, y miraba con fria é irónica indiferencia lo que le reemplazaba con sus nuevos intereses que giraban al rededor de los de la Iglesia, y prescindiendo de algunas comarcas como las del extremo meridional de Laconia en Grecia, donde se mantuvieron los cultos gentilícos hasta fines del siglo IX, el cristianismo habia quedado vencedor en todo el imperio romano de Oriente. Sin embargo, en muchísimos puntos, principalmente en las poblaciones genuinamente helénicas, la nueva religion se habia acomodado mas ó menos á las condiciones especiales de la población, adoptando gran número de usos y costumbres, hábitos de vida, festividades, formas de culto, santuarios, procesiones, héroes é ideas populares gentilícos, todo mas ó menos transformado y cristianizado, y no pocas veces contentándose con solo cambiar el nombre, ó aplicarles un ligero barniz cristiano, en cuyo estado se han conservado hasta hoy en todos los países.

Tan grande fué la pasión por las cuestiones religiosas y los intereses eclesiásticos en todo el imperio bizantino, que el movimiento intelectual, tanto en la capital como en todas las ciudades de provincia, vino poco á poco á girar casi exclusivamente al rededor de la Iglesia, como no se ha visto jamás ni de una manera aproximada en ningun país del Occidente. La religion, la teología y la Iglesia eran las tareas favoritas de todas las inteligencias; á ellas se adaptaban los estudios científicos, la política, la jurisprudencia, y la oratoria, que de gentilica y política se transformó en sagrada. El campo religioso era el único donde los genios ambiciosos, anhelando gloria y fama, que no cifraban sus esperanzas en empleos civiles ni militares, podían adquirir laureles; solo en este campo existía una opinión pública poderosa, y habia de consiguiente partidos con sus contiendas, polémicas y pasiones, que fuera de la religion en ninguna otra parte podían manifestarse á no ser en las carreras del Circo. Las grandes luchas de partido que en otros países han llegado mas de una vez á ser una calamidad nacional, eran en el imperio bizantino una condicion general de vida, presentándose mas ó menos enérgicas y exuberantes segun las circunstancias y llegando en ciertos casos á conmover en apariencia los cimientos del imperio. Esto sucedió con la prolongada contienda entre iconoclastas é iconófilos, y despues con la guerra dogmática con Roma que acabó en el gran cisma que todavía existe. La dialéctica sutil y la teología mística que los pueblos semíticos sometidos al imperio habian conservado y llevado al cristianismo; la tendencia á recrearse en especulaciones filosóficas y metafísicas distinciones, que los descendientes de los antiguos helenos habian heredado de sus mayores, juntamente con el vuelo de una riquísima fantasía; lo que de los bizantinos habian aprendido los pueblos grecizados; lo que de todo esto habian salvado para los siglos en que la religion

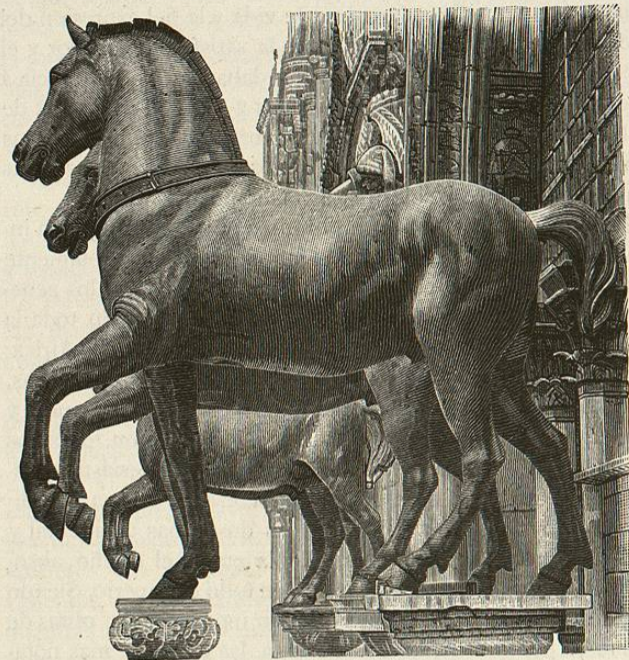
y sus intereses formaban la base de la vida intelectual, y en que tenia mas importancia la fe correctamente ortodoxa que la moral y la virtud; todo esto formó cabalmente el conjunto que constituyó el genio y la atmósfera bizantinos. Así estas luchas y estos problemas dogmáticos adquirieron un desarrollo tan poderoso y una importancia tal, que entusiasmaron á millones de personas, ignorantes é inteligentes, hombres y mujeres, viejos y jóvenes, y llegaron á hacerse en momentos dados, y á veces con inconcebible rapidez, cuestiones nacionales, de vida ó muerte para los gobernantes. Estas luchas dogmáticas que se efectuaron de una manera parlamentaria en los grandes y pequeños concilios, excitaron un movimiento que fué el verdadero elemento de vida y la fiel expresión del genio nacional, y de consiguiente la satisfacción mayor y el recreo de los bizantinos, los cuales daban mas importancia á estas cuestiones que á las durísimas y grandiosas luchas de sus legiones con los innumerables bárbaros en las cuencas del Danubio, del Estrimón ó de los Balcanes, y que á las impetuosas é irresistibles masas mahometanas.

Este mismo espíritu daba el tono á la educación y una influencia decisiva á la Iglesia, que monopolizó completamente toda la instrucción eclesiástica y profana. Cuando los generales de los califas habian ya arrebatado al imperio toda la Siria con sus grandes capitales, y todo el Norte de Africa; cuando en el año 529 se destruyó la universidad de Atenas, último baluarte de la sociedad y de la ciencia antiguas, y cuando los emperadores iconoclastas conmovieron todos los ánimos con esta nueva y terrible contienda eclesiástica; entonces, mucho antes de que estallara el gran cisma que dividió para siempre la Iglesia en las dos ramas occidental y oriental, la Iglesia de Constantinopla era ya el dueño absoluto de la educación é instrucción en todo el imperio. Siendo Constantinopla la ciudad mas rica en monumentos, obras de las artes plásticas y bibliotecas, tenia las escuelas mas notables de gramática, retórica, filosofía y leyes, y reunía en su seno los varones mas eminentes en todos los ramos del saber. A todas las ciencias, menos á la jurisprudencia y las llamadas exactas, imprimió la Iglesia el sello que la literatura y la enseñanza europeas han conservado hasta la época moderna; y desde entonces en la filosofía predominó tambien en absoluto la escuela aristotélica sobre la de Platon.

Desaparecieron las academias y escuelas del mundo antiguo; y en el lugar de los centros de instrucción de la edad clásica griega, se abrieron en todas partes escuelas cristianas dirigidas por el clero, que fué en adelante el conservador de los tesoros literarios y científicos heredados de los antiguos. El clero fué el encargado de las bibliotecas, y sacaba copias de las obras que mas le gustaban y mas convenientes le parecían para sus establecimientos de instrucción; el clero en todas las épocas porque atravesó el imperio bizantino, fué el representante de la ciencia y de la literatura; de sus filas salieron los autores mas notables, y á los conventos se retiraron con preferencia los grandes hombres de Estado y los mas elevados personajes de la administración y de la corte, para dedicar el resto de su vida á las letras, á la sombra tranquila aunque no siempre segura, del claustro.

Profesores y maestros asalariados por el gobierno difundían la instrucción; y en Constantinopla sostenía el Estado un gran instituto central con una biblioteca ricamente dotada cerca de la basílica de Santa Sofia. Doce eclesiásticos con un rector á su cabeza que llevaba el título de *ecuménico* constituían el cuerpo director de la enseñanza, cuyos dictámenes en las cuestiones eclesiásticas formaban tambien una especie de autoridad. Los libros de texto oficiales eran la Biblia, ciertas obras de los Padres de la Iglesia; Homero, Hesiodo, Píndaro, los tres grandes dramaturgos de la edad de oro de

Atenas; comedias selectas de Aristófanes; durante mucho tiempo algunos otros autores dramáticos áticos como Menandro, y otros de la escuela alejandrina como Teócrito y Licofonte. En cuanto a prosistas, eran preferidas las obras de Tucídides, algunos diálogos de Platon, los discursos de Demóstenes, las obras de Estrabon, varias biografías de Plutarco, algunas piezas de Luciano y los escritos de Dion Casio. De los autores posteriores eran estudiados principalmente Arístides, Filostrato, Libanio, y sobre todo el ático historiador Dexipo. La filosofía se enseñaba y practicaba comentando trozos de Aristóteles, bien que después solo



Los antiguos caballos de bronce de la puerta principal de San Marcos en Venecia

servía para polémicas dogmáticas. La retórica se estudiaba por lo regular en los autores más antiguos como Hermógenes, y lo mismo sucedía con la gramática, en cuya disciplina se daba una atención preferente a la analogía, sirviendo para su enseñanza compendios de obras antiguas y difusas.

En las ciencias exactas, especialmente en la mecánica, se enseñaba únicamente la parte práctica. En la literatura médica, exclusivamente bizantina, eran notables las obras compiladas por Aecio y Alejandro de Tralles que vivieron en la segunda mitad del siglo VI, y Pablo de Egina que vivió en la primera mitad del siglo VII.

La literatura bizantina, hija de las condiciones expuestas, no empezó a ser rigurosamente cristiana sino desde fines del siglo VI, pero la de todo este siglo, si no era ya decididamente cristiana, llevaba en lo demás el sello particular bizantino, que le imprimió la política interior de Justiniano I. Entonces los autores vivían dentro de una atmósfera y en una esfera exclusivamente bizantinas. No es esto decir que desapareciese de súbito y sin dejar eco el genio de la antigüedad, ni que se abandonasen por todos los estudios de los clásicos griegos; pero la gran masa de los hombres estudiosos pensaban y escribían ya en sentido bizantino. La gran colección y codificación del derecho romano que Justiniano I había encargado a Triboniano, su ministro de justicia, dió motivo a un número considerable de comentarios, interpretaciones y tratados, escritos ya en idioma griego. Por otra parte, el número creciente de resoluciones sinodales obligó a compilar el derecho canónico.

Este movimiento intelectual produjo también historiadores, y principalmente dos que por su talento, su genio crítico, su modo de pensar y escribir, y su falta de entusiasmo cristiano, figuran con razón en la literatura clásica griega como sus últimos representantes. El más notable fué Procopio de Cesárea, compañero de Belisario, historiador de su campaña, y por su talento práctico, estilo claro y experiencia muy superior a su joven contemporáneo, el legista Agatías de Mirine que nació en 536 y murió en 582. Agatías escribió en estilo ampuloso, difuso y acicalado la historia de una parte del reinado de Justiniano I, desde el año 552 hasta 558. Como últimos restos de la historiografía clásica se presentan el renombrado continuador de Agatías, Menandro Protector, que escribió en tiempo del emperador Mauricio la historia del reinado de Justiniano desde el año 558 hasta 583; y Teofilacto Simocata que vivió en la primera mitad del siglo VII y escribió la historia bizantina desde el año 582 hasta el 602. Este último autor por su manera de escribir, representa la transición entre el estilo antiguo y el bizantino propio, que no excluye la variedad dentro de su carácter, como lo demuestran los productos literarios del imperio que reflejan el espíritu particular de su respectiva época, aunque a nosotros nos parezca monótona la historia del imperio hasta la gran catástrofe que sufrió en la cuarta cruzada.

Con la pérdida material de las provincias que los árabes arrebataron al imperio en el siglo VII perdió también la literatura bizantina estos vastos dominios desde la Mesopotamia hasta las riberas del Atlántico. La Siria continuó durante algún tiempo formando el punto de enlace entre el genio y la literatura griegos y la literatura y el espíritu árabigos, mientras el espíritu griego continuó preponderante en Armenia, en Sicilia y en el Mediodía de Italia.

El siglo VIII, que constituye el período de los iconoclastas, según veremos más adelante, no fué muy favorable para la literatura, porque con la aplicación brutal de imponentes fuerzas a la represión del partido contrario ó iconófilo, perdieron las letras también muchos representantes valiosos, especialmente entre el clero regular. En cambio, durante el siglo IX gozaron las ciencias la protección más decidida de muchos emperadores, y especialmente de todos los de la dinastía macedonia mientras ocupó el trono. También fué muy grande el movimiento literario en la época de los Comnenos.

Es digno de notarse que el imperio bizantino en toda su larga vida no produjo un autor verdaderamente eminente que pudiese llamarse clásico, ni tampoco una literatura original, ni siquiera nacional, ni relacionada, sino excepcionalmente, con la vida práctica. La literatura en el imperio bizantino fué siempre ocupación de recreo y cultivada, no por impulso irresistible interior, sino solamente para solaz del reducido público de aficionados.

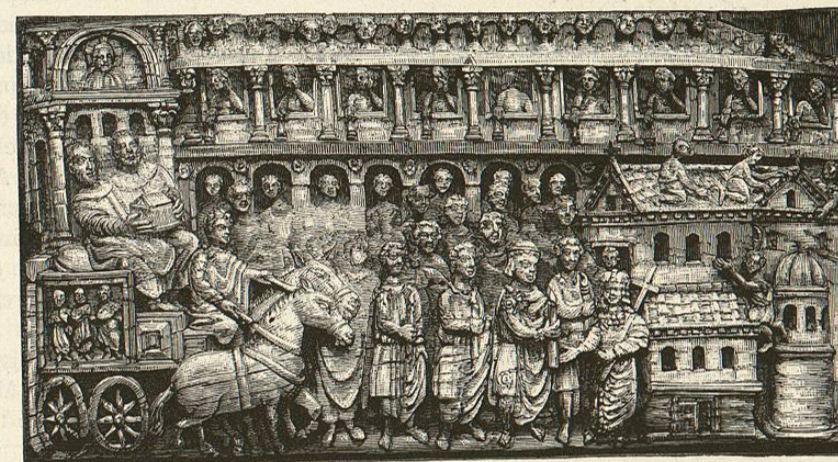
No es menos singular y chocante en las obras literarias bizantinas el olvido en que paulatinamente fueron cayendo las buenas tradiciones de la antigüedad, el conocimiento exacto de la mitología griega, y lo que es más, hasta la historia de la antigua Roma a la cual las provincias bizantinas tantos siglos estuvieron unidas. Sin embargo, este último olvido se explica en parte por la invasión de los bárbaros y la imposibilidad de conservar con las nuevas monarquías bárbaras del Occidente relaciones intelectuales y de consiguiente íntimas. El mismo Procopio, tan instruido, refiere fábulas imperdonables respecto de la Bretaña ó Inglaterra, a pesar de haber sido este territorio tanto tiempo provincia romana; de modo que habla de la famosa muralla de Adriano como de una cosa legendaria.

El tinte religioso y la falta de originalidad, comunes a todos los autores bizantinos, fué causa de que la mayor parte

se dedicaran a obras de recopilación de ciencias especiales, necesarias a las diferentes carreras facultativas, y también de filología. Otros escribieron la historia de su tiempo ó crónicas universales, y muchos hicieron tratados en prosa y verso; pero no produjeron, como hemos dicho, un estilo nacional ni general; cada autor escribió a su manera, sin cuidarse de cómo lo hacían los demás; bien que todos padecen más ó menos de una tendencia retórica exagerada, recreándose en metáforas y giros figurados, y si a esto se agrega que todos aprovechaban dos arsenales, los tesoros literarios de los griegos antiguos, y los de la literatura bíblica, se comprenderá el abismo siempre creciente que se formó entre el lenguaje escrito y el hablado ó popular.

Todo lo dicho explica también la insignificante altura a que se elevó la poesía, si se exceptúan la religiosa y la popular,

y lo mismo sucedió a su hermana la música que no solamente estaba muy descuidada, sino proscrita de la sociedad y hasta cierto grado también del templo. La falta de cultivo fué causa de que se abandonara y olvidara la prosodia de los antiguos. La poesía tanto escolar como libre presenta desde el siglo XII formas por demás sencillas que introducidas inconscientemente se conservaron. El acento tónico reemplazó al principio cuantitativo, y el metro más usado y popular era el verso yámbico de quince sílabas que se ha conservado hasta la aparición de la poesía neo-griega; sin más arte que el número de sílabas y su disposición conforme al acento, de modo que este último coincidiese con la cesura. Para este metro no eran menester estudios, y como estaba al alcance de todos, se sirvieron de él toda clase de escritores, así para los motivos más triviales y áridos, como para los más elevados.



Vista del lado anterior de una cajita de mármol del siglo V ó VI destinada a relicario (1)

Una perfecta muestra de lo que era la literatura histórica bizantina, desde los historiadores citados hasta la época de los Comnenos, la tenemos en la *Crónica universal*, escrita en lenguaje bastante bárbaro en los años 565 hasta 578 por Juan Malalas de Antioquía, que une a la insulsez más completa y al carácter monacal, una lastimosa ausencia de criterio y de conocimiento de la antigüedad, pero que en cambio presenta ya la tendencia, que luego se hizo costumbre, de describir tan minuciosamente la fisonomía de los personajes históricos que no ha faltado quien ha comparado estas descripciones con las requisitorias judiciales. Las compilaciones más notables, aparte de la gran laboriosidad que demuestran, son muy defectuosas bajo el punto de vista puramente literario, como entre otras la obra de Juan de Antioquía, que escribió en el siglo VII, y que dió pruebas de haber estudiado bien los historiadores antiguos; la de Sincelo que escribió por el año 800 y aprovechó mucho la obra de Dexipo; en el siglo X los escritos de Jorge Monaco (el Monje), Genesio, Leon el Gramático y Polux; en el siglo XI Leon el Diácono, el *Cronicon Pascual*, obra eclesiástica compilada de trozos etnográficos de obras más antiguas é incompletas, y otras. De mérito práctico diferente, presentan todas la misma tendencia a la prolijidad, tratando detalles históricos que se refieren a la Iglesia, la

(1) Representa la solemne entrada de una reliquia en Constantinopla. Dos clérigos sentados en un carro triunfal sostienen la caja de la reliquia y una figura femenina con una cruz recibe la procesión delante de una iglesia. En el fondo hay un gran edificio cuyas puertas, ventanas y tejado están cuajados de espectadores.

Altura 13 centímetros; longitud 26 centímetros. Forma parte del tesoro de la catedral de Tréveris.

misma falta de forma y de agrupación para facilitar el eslabonamiento de los sucesos y hacer resaltar su relación recíproca. Todas llevan un mismo sello de pequeñez y de nimiedad; tratan difusamente cosas secundarias, y donde convendría extenderse son demasiado breves; es decir, que estos autores no sabían distinguir entre lo esencial y lo accesorio.

Otro legado de la civilización antigua greco-romana, aunque de escaso mérito por cierto, fueron los juegos de circo, que formaban una parte inseparable de la vida bizantina, sin que fuesen capaces de hacerlos olvidar ni las contiendas dogmáticas más feroces, ni las rudas guerras en las fronteras, ni las luchas mortales por la existencia del mismo imperio, ni la asimilación y cruzamiento de innumerables masas de bárbaros. Las carreras del hipódromo no solamente en la capital sino en todas las ciudades principales de provincias, siempre, hasta la gran catástrofe de la toma de Constantinopla por los cruzados, interesaron a todas las clases, al pueblo bajo como a los emperadores, cuando ya hacía siglos que las luchas sangrientas de los gladiadores y otros espectáculos bárbaros habían caído en desuso. Estas fiestas fueron el delirio de los bizantinos hasta la muerte de su imperio; después que habían sido la alegría y el orgullo de los antiguos griegos, y luego la parte más brillante de las fiestas romanas. En los circos sentía el pueblo instintivamente su fuerza é importancia y respiraba el vago ambiente de la democracia primitiva. Por esto conservaron los bizantinos con su acostumbrada tenacidad cabalmente esta parte de la vida antigua.

Desde los primeros tiempos del imperio se habían formado en Roma partidos en las carreras de circo, y se habían conservado hasta la desaparición del imperio tanto en el Occi-